

El Famoso Pacto Kellogg es un monumento de estupidez

Por: BERNARD S H A W

¿Qué hacen estas gentes de la Liga que pretenden evitar la guerra? Un ejemplo ilustrará el efecto moral de la cuestión. En el caso de los mandatos, los poderes no sólo tienen el derecho de gobernar, sino de gobernar también a otros países para los cuales no tienen el derecho de gobernar. Si la Liga de las Naciones limita la libertad de ejercerse hasta tanto que los habitantes de los países gobernados estén capacitados de gobernar a sí mismos. Supongamos que Ruritania tiene el encargo de gobernar a Lípuit, provisionalmente, para el bien de los habitantes de Lípuit.

Si en Lípuit se produce alguna guerra más, o nace el sentimiento íntimo del mandato, pero encuentra una oportunidad para extender su territorio; así, pues, la veremos agarrar rápidamente a Lípuit y ejercer poderes de soberano conquistador sin cuidarse en absoluto de las protestas de aquellos infelices que quedan en Lípuit, ni tampoco de representante de Ruritania en Génova, informe al respecto y dé cuenta de su mayordomía.

El impulso natural del representante está en parapetarse detrás de su arrogancia; por eso las diá, de antemano: "A tal pregunta tal respuesta" o "A tal demanda tal cumplimiento". Al fin y al cabo reconoce honradamente que el mandato, después de todo, es un mandato. Incapacitado para dar respuestas satisfactorias y veraces, volverá como caballero por la buena reputación del pueblo, mintiendo por la mitad de la barba.

Un caballero puede llevar adentro su orgullo distinguido y refinado, y en cuanto vuelva a Ruritania irá, cuando preguntará cuál es el fin que se proponen los hombres del gobierno al ponerlo en tal aprieto; insistirá en que esto no vueltas a suceder porque el gobierno de Lípuit, que es suyo, es suyo de su deber. Esto no será posible inmediatamente, pero si todo trance la Liga tomará bajo su cuidado investigar si apenas se trata de un caso de prevaricato. Si la Liga nada podrá hacerse; absolutamente nada.

Entonces, tanto, la Sociedad Howard, acompañada por las atrocidades que padecen los felones convictos y los sindicados de otros delitos, clama justicia, y pide que se humanice el

acuerdo internacional a este respecto. Si la Liga de las Naciones no existiera, tal objeto sería inasequible. Sin el Ministerio del Trabajo un acuerdo de las naciones sería igualmente imposible por lo que respecta al sudor de las clases trabajadoras.

Hay otra cosa que limita a Inglaterra: la ley de sujeción a la ley.

Si la Liga de las Naciones limita la libertad de ejercerse hasta tanto que los habitantes de los países gobernados estén capacitados de gobernar a sí mismos. Supongamos que Ruritania tiene el encargo de gobernar a Lípuit, provisionalmente, para el bien de los habitantes de Lípuit.

Si no existieran los problemas de la paz y de la guerra, la Liga no podría justificarse su existencia. En efecto, estos problemas son de referencia, porque la razón de la existencia de la Liga es la incipiente Corte de Justicia Internacional de La Haye y el texto de la ley que originarió de allí. El intento desgraciadamente estúpido de anular la Liga existe, porque el pacto Kellogg no es más que un monumento de inobediente.

Yo le doy mucha importancia al asunto, pues realmente, Mr. Kellogg se ha engañado al dar un paso clandestino hacia la guerra, cuando él creyó que daba un paso de gigante hacia la paz.

Porque el acuerdo de las potencias de la Liga, se comprometieron a no hacer la guerra hasta después de someter el caso a la discusión, esto es, sin considerable demora. De modo que las potencias han tratado de desembarrasarse por sí mismas de esta obligación y recuperar su independencia para que la próxima guerra podrá no ser una guerra de conquista, o de "defensa propia", sino una cruzada del internacionalismo: del socialismo contra el capital; del bolchevismo contra la democracia; en un punto, contra el principio de idealismo; en otro caso la alianza actual entre Poincaré y M. Briand difícilmente habrá de perdurar. M. Briand no lo dice claramente; por eso yo me permito poner los puntos sobre las ias.

Si no existieran las oportunidades de la guerra, la naturaleza de M. Briand, la Asamblea quedaría reducida a una vitrina de almacén en quiebra. Pero, así y todo, los comerciantes se cuidan de adornarla lo mejor que pueden. Si las grandes potencias dejaron de practicar la costumbre de hacer paquetes "para el náufrago" transportados por la Liga, a la cual se acogen cuando les conviene, entretanto las naciones pequeñas enviarán sus representantes para que las saque arriba. En cualquier momento no se dirá raro ver ahí a una república de 500 mil habitantes y sus 400 ministros las grandes potencias, reducidas a su más simple expresión, enculpas de sus enviados incompetentes. Más les valdrá estar dura.

De todas las guerras que el comandante de la Liga ha declarado,

la única que ha declarado la guerra

es la guerra de Alemania contra Francia.

Y la guerra de Alemania contra Francia.

</div